

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: No falta mucho. Sin embargo falta todo –
Hch. 25 y 26
(14 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen**



**No falta mucho. Sin embargo falta todo –
Hch. 25 y 26
(14 días)**

Día 1

Hch. 24:27; 25:1-5; Dt. 19:11-13

El problema no resuelto

“Los políticos vienen y se van, pero los problemas quedan” (Donald Tusk*, 2018). También Marcos Antonio Félix se fué o mejor dicho “lo hicieron irse”. Atrás dejó a un preso y un problema irresuelto: el conflicto entre Pablo, el inocentemente acusado seguidor de Jesús por un lado, y los acusadores judíos, llenos de odio junto al liderazgo religioso y político del lado contrario.

Se dice comúnmente: el amor enceguece. Y, ¿qué hace el odio? “El odio es el amor por el cual uno ha sido fracasado” (S. Kierkegaard). El que odia, espera conseguir tranquilidad, y que la razón de la ofensa, sea destruido. ¿Por qué los judíos estaban tan ofendidos, desilusionados y tan agresivos? Ya que lo conocían muy bien a Pablo (Hch. 26:4,5).

Ellos habían puesto grandes esperanzas en él. Pero luego él se cruzó a ésta secta, la que en un principio había combatido exitosamente. Ahora corría por todo el mundo y predicaba que este Jesús de Nazaret, ejecutado, haya resucitado, que vive, que cumplió la ley y que volverá para juicio. Con todo esto él, Pablo, no terminaba nunca. Los gentiles de manera especial recibieron este mensaje. En todos lados se formaban grupos e iglesias de personas que seguían a Jesús.

Y, ¿Pablo mismo? Con toda tranquilidad rechazaba las falsas acusaciones. Con toda paciencia explicaba de qué manera llegó a su nueva opinión. Dondequiera que encontraba a judíos, los quería ganar también para Cristo, en un espíritu de amor y humildad. Las palabras del Salmo 38:19-22 parecen ser escritas para él.

¿Y nosotros? Nosotros también podemos enfrentarnos al odio. Por lo general no se puede justificar esta fuerza elemental, en la que se expresa. Sólo puede ser llevada, soportada y a veces superada con amor. “Benedicid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian” (lea Lc. 6:27,28; 1.Co. 13:4-7).

*Presidente de la Unión Europea

Día 2

Hch. 25:5-12

La rotura definitiva

El nuevo gobernador Porcio Festo estaba decidido a aclarar todo y quitar este problema de en medio. Se movió prudentemente. Al comienzo de su función no quería irritar a los alborotados judíos, pero al mismo tiempo quería ser justo frente a Pablo.

“El que pasando se deja llevar de la ira en pleito ajeno es como el que toma al perro por las orejas” (Pr. 26:17) Este dicho sabio, Festo probablemente no lo conocía, pero él suponía de que le esperaba un disgusto. Y así pasó.

Los judíos mezclaron “muchas y graves acusaciones” contra Pablo con temas religiosos y políticos (v.7,8). Parecía que para Pablo todo comenzaba de nuevo. Entonces él prontamente apeló al César. Esto era su derecho por ser ciudadano romano. Y Festo lo debía aceptar: “A César has apelado; a César irás”.

¿Por qué recién ahora? ¿Por qué no lo hizo ya al comienzo de su prisión en Cesarea? ¿Por qué soportó Pablo todo este tiempo, que no trajo ningún cambio? Pablo había recibido en la fortaleza “Antonio” una palabra del Señor la que le señalaba el camino hacia Roma: cap. 23:11. Sin embargo esa decisión era de mucho peso. Ella significaba que Pablo esperase más justicia del pagano César en Roma que del piadoso sumo sacerdote y sus colegas en Jerusalén.

Ya antes, a los oídos de los discípulos sonaba imposible, cuando Jesús hablaba de que iba a ser entregado en mano de los gentiles (naciones) (Lc. 18:32-34; comp. con 1.Co. 6:1ss). Ahora Pablo se vio en la fastidiosa situación de tener que apelar al César en Roma, para ser liberado por él. Con esto se produjo la dolorosa ruptura final entre él y sus hermanos judíos.

Día 3

Hch. 25:12; Fil. 3:1-11

Todo perdido

Ocupémonos un poco más con la necesidad que “obligó” a Pablo apelar al César. El texto de Filipenses 3 nos ayudará en esto. Al principio del pasaje Pablo describe su fuerte arraigo en el judaísmo. Las Sagradas Escrituras de aquel tiempo, Moisés y los profetas, lo formaron desde pequeño, modelando su personalidad. Él estaba convencido que en “cuanto a la justicia que es en la ley” estaba irreprochable (v.6).

Esto ya nos obliga a tenerle mucho respeto. ¿Quién de nosotros podría decir o escribir algo así? ¡Qué inmensa energía reposaba en esta vida: vivir día a día según la ley! A Pablo debe haberle llenado un tremendo gozo por la Palabra de Dios. Él vivía lo que describen los Salmos: 1:2; 19:7; 37:31; 119:1,18,44.

El camino de los creyentes de aquel tiempo lo rechazaba por completo, porque, según su parecer, ellos cuestionaban esta vida según la ley. Con gran pasión luchaba por eso contra ellos. Hasta que Cristo mismo entrara en su vida. Consternado hasta lo más profundo reconocía al Resucitado y desde entonces le entregó su vida totalmente. “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo” (Fil. 3:7), escribió. Y siguió con las palabras significativas: ... por amor de Cristo “lo he perdido todo” (v.8)

Ya no hay nada de su vida anterior, que le brindase amistad, reconocimiento u honra. Sus amigos de la escuela y colegas del estudio ya no querían tener nada que ver con él. Lo despreciaban, calumniaban y lo persiguieron en todo el mundo. Pablo experimentó “la participación de *sus padecimientos*” (Fil. 3:10). Su anhelo más profundo era que ellos comprendieran su camino y aceptaran a Jesucristo como su Mesías.

Y ahora en Cesarea la decisión es tan amarga, que mejor es reclamar al más alto gentil, al Cesar, que esperar la ayuda del sumo sacerdote de su pueblo. La ruptura ya estaba hecha. (Lea 1.Ts. 2:14-16.)

Día 4

Hch. 25:13-22; Sal. 50:1; 36:1-4

Interesado sin compromiso

El rey Agripa II. con su hermana Berenice hizo una visita de cumplido a Festo. La residencia del gobernador en Cesarea estaba a la orilla del mar. Allí ellos pasaban muchos días buenos y agradables. En algún momento Festo comentó a su huésped de los problemas que le había hecho un preso. De la ley romana él no tenía motivo jurídico, para dejar preso más tiempo a este hombre. Las disputas religiosas él no las entendía. ¿Qué debería informar al César, cuando le mandaba a Pablo (v.25,26)? Él pidió consejo de Agripa.

Nos llama mucho la atención la historia especial entre Dios y los emperadores de la familia herodiana, ya que, a pesar que algunos de ellos eran muy brutales: una y otra vez Dios los llamaba.

Herodes el Grande, aparentemente se interesaba mucho por los comentarios de los sabios del oriente. Él tenía, siendo el primero de su familia, la oportunidad de reconocer a Jesús como el “Rey de reyes”. Pero en lugar de esto lo quería matar. Él llegó a ser el asesino de niños, en vez de llegar a ser un hijo de Dios (Mt. 2:1ss).

Herodes Antipas no era en absoluto inferior a su padre: él hizo ejecutar a Juan el Bautista y “quería ver a Jesús” (Lc. 9:7-9; 13:31,32; 23:6-12). *Herodes Agripa I.* (nieto de Herodes el Grande) lo hemos conocido en Hch. 12. Él hizo decapitar al discípulo Jacobo y se consideraba todopoderoso, lo cual el Todopoderoso no se lo permitió. La lección terminó fatal para él. Su hijo *Herodes Agripa II.* gobernaba sobre regiones que hoy pertenecen a Siria, Líbano e Israel. Además tenía el derecho de designar al sumo sacerdote.

Por esa razón era comprensible que Festo pidiese consejo al “jefe religioso” de los judíos. Éste accedió sin problemas. Él estaba interesado: “Yo también quisiera oír a ese hombre”.

Ver a Jesús, escuchar de Jesús pone siempre a uno en la situación de tomar una decisión. ¿Cómo se decidiría Agripa II. el próximo día?

Día 5

Hch. 25:23; 9:15

Contrastes

El rey Agripa II, tenía 32 años ese día memorable en Cesarea, interesado, abierto, dispuesto a escuchar. Él y Berenice se habían vestido “con mucha pompa”, con pulseras de oro en la frente y en los brazos, con una diadema y una corona, además envueltos en la más fina tela. Pablo, el entrenado tejedor de alfombras, ciertamente se dio cuenta de todo este lujo. Él en cambio, se presentaba con grilletes, con cadenas oxidadas, vestido con sencillez, marcado por la vida y la prisión. Quizás pensaba en aquello que había escrito a los corintios: “Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres” (1.Co. 4:9). Probablemente todos le miraban fijamente.

Esta escena hace recordar a otra similar, la que el pastor Wilhelm Busch presenciaba: En una convención eclesiástica en Leipzig -en el tiempo del regimen comunista- los notables de la ciudad fueron invitados a una acogida en la municipalidad. Se hicieron discursos, se vaciaron copas de champán, etc. “Y entonces”, así escribió Wilhelm Busch, “se suponía que Heinrich Giesen, entonces Secretario General de la convención, debía dar unas palabras finales. Nunca me olvidaré cómo Heinrich Giesen se levantaba y decía: ‘Ustedes, estimados señores, nos preguntan, qué tipo de personas somos. Se lo quiero decir en muy pocas palabras: Somos personas que oran: Querido Dios, haz que sea piadoso, para que pueda llegar al cielo’. Y después se sentó.

Al lado mío estaba sentado un hombre alto con una medalla de Lenin. Era impresionante la manera como estas personas se habían conmovido. ¿Realmente hay un cielo? Sí, el cielo existe. Y por eso oramos: Querido Dios, haz que sea piadoso, para que pueda llegar al cielo. Yo quiero estar en la eternidad contigo”. (Lea Lc. 19:10; 11:28; Hch. 2:21.)

Día 6

Hch. 25:24-27

Decisiones

Festo abrió la reunión y explicó el motivo de la audiencia. El rey presidió, sin saber qué significado tendría este día para él. “Hay momentos en los cuales se fija el rumbo” (H. Biebl).

En la Biblia hay muchos informes de momentos decisivos, que llevan muchas consecuencias, por ejemplo Gn. 3:6 y Lc. 1:38. Las dos mujeres no preveían lo que su decisión provocaría. Eva no pensaba en ningún momento, que con la toma de la fruta prohibida se fijaría el rumbo para toda la humanidad. Y María no podía preveer, que con la aceptación de la palabra del ángel, se abriría el ofrecimiento de Dios para la salvación de esta humanidad.

Otro ejemplo: Cuando Jacob le “compraba” a su hambriento hermano la primogenitura con el simple guiso de lentejas, no preveía las consecuencias dramáticas que provocaría (lea Gn. 25:27ss).

El ayudante de Eliseo, Giezi, se decidió servirse de las riquezas del general sirio Naamán, escondiéndolas para su propio uso. Después mintió a su jefe, sin escrúpulos. Si hubiera sabido el resultado, probablemente no se habría movido de la casa (2.R. 5:19-27).

Cuántas veces hemos experimentado momentos parecidos: “Si hubiera sabido que con esta sola frase perdería la confianza de mi amigo, nunca la habría dicho”. También otro ejemplo: “Qué bueno que me encontré con esta persona. Ella me mostró lo que significa el perdón y me ayudó a aceptarlo” (comp. Hch. 8:30-38; 16:13-15,28-34).

“La vida sólo puede ser entendida por la visión hacia atrás, pero sólo puede ser vivida por la visión hacia adelante” (S. Kierkegaard). Por eso oramos pidiendo conducción, guía y protección: “Porque tú eres mi roca y mi castillo; por tu nombre me guiarás y me encaminarás” (Sal. 31:3; comp. 143:10).

Día 7

Hch. 26:1-7; Sal. 71:5; 146:5

¿Esperanza?

Mientras se escribían estas líneas en Julio 2018, en nuestro mundo se notaba mucha desesperanza: La cumbre de la OTAN fue un desastre. El planeado Brexit carece de todo rayo de esperanza. Innumerables niños, mujeres y hombres, que habían puesto sus esperanzas en Europa, se ahogaron en el Mediterráneo. Aquellos que esperaban que la guerra comercial entre los EE.UU. y el resto del mundo pudiera evitarse se sintieron decepcionados. ...

Hay una canción que dice: “Nosotros tenemos una esperanza, cuya fuerza el mundo no conoce, maranatha, Señor Jesús, ¡ven pronto!” (Junge Gemeinde) La canción sigue hablando del odio de los enemigos y del rechazo, que a veces deben sufrir los creyentes. Pero, a pesar de todo, el cantante mira al Señor y Maestro, quien sufrió rechazo y enemistad y salió triunfante vencedor. Él consigue valentía y gozo de la confiada esperanza: ¡Jesús vuelve!

¿Qué pasaría, si los creyentes cantasen hoy en las plazas públicas de este mundo? Probablemente varios se enojarían. Pero, realmente es tiempo que los cristianos se animen gozosos y valientes a cantar y decir, cual es la esperanza de la que viven (1.P. 3:15). ¡Portadores de esperanza necesita nuestro mundo más que nunca!

El mundo en Israel en el año 59/60 no se veía más esperanzado que hoy en día. Allí se paró uno ante la audiencia, que tenía una esperanza. Con este caso jurídico sin esperanza, aparecía algo excepcional. Pablo declaró que todos los judíos lo conocían desde su juventud. Ellos sabían muy bien, que él compartía con ellos una gran esperanza: La esperanza de que Dios cumplirá las promesas que había dado a “nuestras doce tribus” (Hch. 26:7). ¿Cómo es posible que ellos acusen, persigan y odien hasta la sangre, al muy creyente judío Pablo por esta esperanza?

¿Encuentra usted alguna posible respuesta?

Día 8

Hch. 26:8-18; 2.Co. 1:20

Comprensión espinosa

Pablo contó -por tercera vez en los hechos de los apóstoles- cómo él perseguía a la iglesia y que allí delante de Damasco Jesús se le apareció. Sólo en este autográfico informe mencionó la expresión que uno mismo se lastima, dando coces contra el aguijón (v.14). El pastor determina la dirección, a pesar de toda resistencia.

En aquel memorable día delante de Damasco, este fariseo fanático desistió de su lucha *contra* Jesús, y desde este momento lucha *a favor* de Él. Saulo se transformó en Pablo. Ya que Jesús llegó muy cerca de él, también el cumplimiento de la esperanza le llegó muy cerca. Sus “colegas de antes” aun representaban las metas lejanas de la esperanza. Ellos no vieron en este hombre de Nazaret al Mesías, al que crucificaron y cuya llegada aún esperaban. Esta era la diferencia trágica entre las “dos esperanzas”.

De manera parecida lo experimentó la mujer junto al pozo de Jacob, con la que Jesús tuvo la conversación pastoral. “Sé que ha de venir el Mesías”, dijo la mujer. ‘Cuando él venga nos declarará todas las cosas’. Entonces Jesús le dijo: ‘Yo soy, el que habla contigo’” (Jn. 4:25,26).

En Jn. 11 leemos de la muerte de Lázaro. Cuando Jesús llegó, Marta le dijo: “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero’. Le dijo Jesús: ‘Yo soy la resurrección y la vida’” (v.24,25).

En estos dos ejemplos están las metas lejanas de la esperanza y su cumplimiento literalmente muy juntos.

Lo que también nosotros podemos esperar de esta misma manera, no es algo automático. Una y otra vez Jesús se nos tiene que enfrentar en el camino, pararnos en nuestras actividades rutinarias, y cambiar nuestros planes y pensamientos propios. Después nos quiere obsequiar una nueva visión, para que reconozcamos Su camino y hagamos Su voluntad y que podamos vivir con un nuevo toque de nuestro Señor resucitado. (Lea 2.Co. 5:17.)

Día 9

Hch. 26:19-23; Job 33:29,30

Cuatro veces mencionado personalmente

“¡Rey Agripa!” Cuatro veces Pablo habló directamente al joven rey en este capítulo. Al comentar ilustrativa y vívidamente la historia de su vida y su conversión, también lo quería ganar para Cristo. Al silencio absorto describió las consecuencias inesperadas que significaban para él su encuentro con Cristo. De la máxima autoridad había sido enviado para predicar el evangelio a los gentiles (comp. Ro. 1:1,5). Todos deben escuchar del gran día, cuando Jesús murió por los pecados del mundo.

Nosotros podemos “leer” entre líneas: ¡también para ti, rey Agripa, Jesús murió, sí, también para ti! Tú no estás obligado a seguir viviendo de la misma manera que tus antepasados (1.P. 1:18,19), tú puedes convertirte, puedes arrepentirte junto con tu hermana. Mira, yo he hablado abiertamente de mi fracaso y mi culpa. Yo confieso a ti y a todos los presentes aquí: un cambio es posible desde la oscuridad a la luz, de la culpa al perdón, de la muerte a la vida eterna (Jn. 5:24).

Realmente Pablo podría haber hablado de muchas otras cosas: de las injusticias que había sufrido, de los peligros de sus viajes. Él hubiera podido mostrar sus cicatrices, también acusar y culpar a otros. Él podría haber apelado a la compasión de sus oyentes, o hablar de lo que es sentirse sin patria y de su soledad, acerca de su sufrimiento incurable, de sus pruebas y de muchas otras cosas.

Pero de esto no habló nada. También frente a sus oyentes de alta sociedad él sigue siendo el misionero hablando de Jesucristo, de Su sufrimiento, Su muerte y resurrección. Él habló del evangelio salvador, no de su situación personal; de la luz que ilumina a aquellos que confían en este Jesús.

“Rey Agripa”, queridos oyentes, queridos lectores – somos testigos de una hora del destino de este día en Cesarea.

Día 10

Hch. 26:23-26; Jn. 10:17-20

Interrupción

Con una llamada fuerte el gobernador Festo frenó las explicaciones de Pablo. El sobrio jurista temía que Pablo cayera en un éxtasis religioso. Las largas cavilaciones en la celda, el tiempo largo de prisión, los incontables ataques a su persona deben haberle llevado a la locura. Y además ante estas excelentes e inteligentes personalidades afirmar nuevamente que este Jesús muerto resucitó y vive; esto es muy vergonzoso.

Los hombres de la antigüedad pensaban y reflexionaban mucho acerca del enigma “muerte”. Todos –los de alta o de baja posición, pobres y ricos- experimentaron continuamente y muy de cerca lo inevitable de la muerte. En el museo arqueológico de Heraklion (Creta) hay testimonios conmovedores de esto: el trigo se almacenaba en ánforas. Tal vez una vez crecieron tallos de trigo de ahí. Por eso se pensaba: Si presionamos a los muertos en tales ánforas, entonces pueden levantarse de ahí como los tallos del trigo. Así al visitante se le muestran muchas ánforas de este tipo con esqueletos, ya que no resucitaron. También las necrópolis con viviendas para los muertos atestiguan el deseo de entender la muerte y de quitarle su amargura. –

Ahora este preso estaba delante de tan alto gremio y hablaba que este Jesús muerto ¡vive! ¿Dónde? ¿Cómo? Pablo lo sabe: no en ánforas, sino en habitaciones preparadas en el cielo para nosotros (Jn. 14:1-3).

“¡Estás loco! ¡Estás pasado de rosca!” – esta es la posibilidad muchas veces aprobada de rechazar lo incomprensible. Clara y cortésmente Pablo se defendía. Al contrario, Festo, “hablo palabras de verdad y de cordura”, no estoy loco. Pablo no se presentó como un preso o un acusado, sino como mensajero de Dios. Lo que le escribió a su hijo espiritual Timoteo, lo estaba practicando aquí: “Te encarezco ... que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2.Ti. 4:2).

Día 11

Hch. 26:26,27

No se hizo en algún rincón

Dirigiéndose al rey, Pablo hizo recordar, que aquello de lo cual él estaba hablando, “no se ha hecho en algún rincón”. Para corroborar esta frase deberíamos leer los evangelios. Nos limitaremos en algunos hechos: - Agripa: existen actas acerca de la vida de este Jesús de Nazaret y muchos testigos. Ellos lo han visto y escuchado, junto al lago y en la montaña, en las aldeas y en los caminos. Él había enseñado en el templo. Ya siendo muchacho de doce años asombraba a los escribas con sus preguntas y sus conocimientos de las sagradas Escrituras (Lc. 2:42-49). Miles de personas lo querían ver y escuchar. Ellos trajeron sus enfermos a Él. Jesús curaba a muchos (Mr. 6:54-56) y les señalaba el camino hacia la vida eterna (Lc. 5:17-26).

Él enseñaba a la gente sencilla el camino a Dios. Con los fariseos y doctores de la ley discutía cuestiones complicadas. Ninguna pregunta le era molesta, ninguna aflicción era sin importancia para Él. Incluso los niños querían estar con Jesús; Él los amaba y hablaba con ellos (Mr. 10:13,14).

Pablo podría haber seguido hablando: -Festo: uno de tus antecesores, Poncio Pilato, no pudo probar nada en su contra, sin embargo firmó la sentencia de muerte, porque era un chantaje (Mt. 27:15ss). Y yo estoy en una situación similar. Tú sabes que yo no falté en nada a la ley, pero tú no me sueltas. Festo, tú también estás bajo presión por tu alto cargo.

Pero Agripa, tú conoces las verdades y hechos acerca de la vida de Jesús. Tú sabes que esto no son fantasías mías. Aún hoy podrías preguntar a testigos de este tiempo. Ellos no han olvidado lo que han experimentado con Jesús. Tú podrías ayudar al gobernador, si aprobaras lo que digo. Y tú mismo podrías entrar en una relación personal con Jesús. “¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees”.

Día 12

Hch. 26:28

No falta mucho

La respuesta del rey nos hace pensar. Esta es tanto más trágica, cuanto menos falta. ¿Por qué es tan difícil dar este último paso? A nosotros muchas veces nos frenan la comodidad, la arrogancia y una alta porción de justicia propia. “En el trabajo todo va bien. Con los vecinos no tengo problemas. Yo pago mis impuestos. Me preocupo por mi familia. Y de vez en cuando también voy a la iglesia. ¿Por qué tendré que convertirme?

La cuestión es que nos olvidamos muchas veces quién es el que nos llama al arrepentimiento. No es el jefe de mi empresa – a él quizás obedeceríamos, - es el santo Dios, el Creador del mundo, quien llama. Cuando nuestra vida común se choca con Dios, entonces no nos queda ningún chance. Jesús contaba acerca de esto en una parábola (Lc. 12:16-21; comp. Dn. 5:4-9).

Agripa conocía a los profetas. Él sabía que estos hombres piadosos tenían miedo y se postraron en tierra, cuando Dios llegaba a sus vidas, por ejemplo Isaías (cap. 6:1-7).

En un corto impulso bíblico por radio se comentaba del ministro Norbert Blüm* lo siguiente: “Yo tuve una vez una fuerte discusión acerca de presos políticos con el presidente chileno General Pinochet. De repente señaló a una cruz colgada en la pared de su oficina y dijo: ‘Aquí hago mis oraciones cada día’. Y yo dije: ‘Señor presidente, esto no le ayudará, pues aquel, al que ora, conoce a cada uno por su nombre, de los que usted hizo asesinar. Y Él le preguntará: ¿Qué hiciste con el más pequeño de mis hermanos y hermanas?’” El valiente ministro le mostró al asesino múltiple que ritos religiosos no ayudan a salir aprobados en el juicio de Dios.

Volviendo a Agripa. En un momento calculaba las consecuencias de una conversión. El precio le resultó demasiado alto. Él no estaba dispuesto a entregar lo pequeño que aún faltaba, para ser salvo.

*Ministro de trabajo en el gabinete de Kohl

Día 13

Hch. 26:28-31; Lc. 14:16-24

Chistoso. Doloroso

Durante todo el interrogatorio el rey se había quedado callado. Probablemente la personalidad de Pablo le impresionó, su discurso claro y fuerte, la lógica de su razonamiento, los argumentos y la sencilla fundamentación de su actitud.

Después el rey Agripa dijo una sola frase, que le hizo famoso. “No falta mucho ..., para que yo sea un cristiano”, dijo él. Probablemente lo dijo en forma chiste, pero en realidad es muy doloroso. Doloroso para el mensajero de Dios, cuyo mensaje es rechazado con liviandad. Doloroso porque se aparta empujando la vida eterna y la paz con Dios como un insecto molesto.

Es cierto, el rey se encontró entre la espada y la pared. Por un lado le apretó el rodillo romano, del cual dependió, y por otro lado le apretó la opinión de los judíos la que también le importaba. Había muchas presiones que le obligaban a mantenerse sin compromiso. Además les dio la impresión a todos los presentes: tan lejos como Pablo no debéis ir vosotros. ¡Manteneos en vuestro camino! Nadie aquí tiene que hacerse cristiano.

El dolor que Pablo sentía por eso le hizo proclamar una vez más la invitación salvadora de Dios. Quizás en eso extendía sus brazos, haciéndoles oír a todos el sonido de las cadenas, las que no deseaba a nadie. Seguramente todos se sintieron compungidos.

Pablo dijo la última palabra: “Yo pido a Dios” (traducción moderna); esto fue y siguió siendo su referente para todos los casos, aún aquellos sin esperanza.

Agripa se levantó, la sesión había terminado. Él dejó junto con su cortejo la sala. Pablo fue llevado nuevamente a la celda. El tiempo de la gracia de Dios para el rey se había terminado (comp. Jn. 13:21-30; Mt. 26:48-50; 27:3-5).

Recordemos la escena cuando Jesús miraba, poco antes de su muerte, a la ciudad de Jerusalén, llorando, porque habían rechazado la gracia de Dios. ¡Cuán profundamente le dolió el pensamiento respecto a los perdidos! (Lea Lc. 19:41,42; 13:34.)

Día 14

Hch. 26:30-32; 1.P. 4:16

Sin vergüenza

El rey Agripa, su hermana Berenice y el gobernador Festo unánimes declararon: “Ninguna cosa digna ni de muerte ni de prisión ha hecho este hombre”. Una clara absolución. Pero como él había apelado al César, se lo debía mandar hasta el mismo emperador.

En los versículos anteriores de este capítulo habíamos visto que al apóstol ya no le importaba tanto su libertad, sino la conversión de sus oyentes. En esto Pablo habló realmente sin tener vergüenza de su Señor. Él no se había intimidado por el poder de Festo y del rey, ni desconcertado por el impresionante brillo de sus joyas. No le importaban las medallas ni coronas de laureles de los invitados.

Poco antes él había escrito a la iglesia en Roma: “... no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Ro. 1:16; comp. 2.Ti. 1:8-12). Pablo estaba en minoría con su testimonio. En todos lados a donde iba, sentía rechazo e ironía.

Más tarde, un alumno tallaría allí en el palatino de Roma un dibujo con un burro en la cruz. Debajo dice: “Alexamenos adora a su dios”. Sí, es cierto, “nosotros somos insensatos por amor a Cristo” (1.Co. 4:10a), servimos a un injuriado (He. 13:13). Los seguidores de Cristo no tienen buenas cartas frente a los poderosos, ricos, e importantes de este mundo. Antes de Pablo ya era así.

Sin embargo: nosotros conocemos el poder del evangelio, el cual anunciamos sin tener vergüenza. No lo hablamos de manera molesta, debido a su gran importancia. Pedimos la guía del Espíritu Santo, para saber qué debemos decir. Hay muchas situaciones para anunciar el mensaje de Dios, en momentos difíciles y conflictivos, en días festivos o al lado de un moribundo, en familia o en la empresa. Seguimos a Jesús, el Crucificado – totalmente y sin tener vergüenza (Mr. 8:34-38; 1.Co. 1:23-25; 2:2).